

PARA LA CALLE Y COMO EN LA CALLE



POR

Miguel de Unamuno

HAY quienes censuran la retirada de los diputados republicanos y socialistas del Parlamento, y aquí mismo, en estas columnas, ha sido, si bien simpáticamente, censurada. Nosotros la aplaudimos.

Cuando algún diputado de éstos dijo en el Congreso que hablaba allí para la calle, no faltó majadero de la mayoría —y ahora lo son casi todos— que le replicó que hablaba como en la calle. Y así debe ser. En el Parlamento debe hablarse no sólo para la calle, sino como en la calle. Lo de hablar con la hipócrita educación de los salones debe quedar para hombres como el rencoroso y menguado Dato, ese que siendo menos violento que otros, está más lleno que ellos de pequeñas y mezquinas pasioncillas. Pero mejor que hablar en el Parlamento para la calle y como en la calle es que los parlamentarios hablen en la calle y sólo en ella.

Bien está que los hombres de la izquierda, demócratas, acudan a los comicios, pero es para conquistar la inmunidad parlamentaria y no para otra cosa. Y de acudir luego al Parlamento, no más que para acusar, como han hecho los diputados socialistas al discutir los sucesos de Agosto hará un año. Pretender colaborador en la obra legislativa de un Gabinete de resistencia, formado para ir prolongando el despotismo, o sea el régimen de secreto, siquiera hasta que se acabe la guerra, es pretender una locura. Los representantes del pueblo libre no tienen nada que ver con la obra legislativa de un Gabinete esclavo.

A este Gabinete esclavo y de resistencia se le impuso, de seguro que por un poder extraño, el tener que sancionar una ley de espionaje enderezada a que la Prensa no pueda denunciar ese espionaje y puedan así ejercerlo más a sus anchas hasta agentes del Gobierno. Lo que acaso en el fondo había es que los que mandaban hundir los barcos mercantes españoles estaban ya desasosegados por la frecuencia con que a los ejecutores de esos mandatos les llamábamos asesinos. Y después de no haber contestado a ninguna de las reclamaciones del Gobierno español —si es que hay tales reclamaciones, si es que hay tal Gobierno y si es que hay España—, exigieron que se pusiese mordaza a cuantos calificaran su conducta con los calificativos que le cuadra. Y el encargado de cumplir esas exigencias fué —¿quién había de serlo?— el hombre de todas las vilezas guber-

namentales, el rencoroso y menguado Dato, ése.

Este hombrecillo debe de creerse un diplomático, y con su mentalidad arcaica, es decir, de hace más de cuatro años, debe de creer que la diplomacia es ante todo secreto, o sea despotismo. Secreto más que violencia, despotismo más que tiranía, se empleó en la represión de la huelga de Agosto hará un año. Entre el Dato ese y su adjunto Sánchez Guerra acumularon todo género de embustes, infundios y patrañas. La mentira fué su principal arma de combate.

Han heho, pues, muy bien los representantes del pueblo español libre, de lo que ya hay de una España independiente, en retirarse de un Parlamento servil y mediatizado, cuya única finalidad es resistir.

Conviene recordar que la revolución de 1868, de donde suponen derivar nuestros liberales —¡liberales!—, no la hicieron republicanos, sino monárquicos. Y la hicieron monárquicos porque llegaron a la convicción de que, no la institución monárquica, sino doña Isabel de Borbón y Borbón, con su familia y ambiente —familia y ambiente en que dominaba el sentido patrimonial, la creencia de que el reino de España era un patrimonio de la familia reinante— eran el obstáculo a la liberalización y consiguiente liberación de la patria. El patriotismo de los liberales monárquicos de 1868 derribó el patrimonialismo de la Corte. Y es porque entonces había, hasta en los monárquicos, patriotas y liberales.

Lo peor que le pasa hoy a la Monarquía española es que no cuenta con verdaderos liberales. Ni puede contar con ellos. En cambio al acabarse esta guerra los jaimistas se harán dinásticos, es decir, alfonsinos. ¡Y si no al tiempo!

Han hecho bien en retirarse los verdaderos y únicos liberales del Parlamento. Para la calle y como en la calle, sólo en ella, en la calle, debe hablarse hoy.

